



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

¡ERA UN SANTO!

---

*Vigilate itaque, quia nescitis diem  
neque horam.*

Velad, pues, porque no sabéis el  
día ni la hora. (MATTH., 25, 13).



I



AY en X.\*\* una gran plaza de forma elíptica, que llaman el salon de la Reina: hállase embaldosada de pequeñas losas de Génova; forman su curva cómodos asientos de piedra con respaldo de hierro, y adornan sus cuatro entradas, sobre pedestales de mármol negro, estatuas de mármol blanco. Cíñela un cinturón de naranjos entrelazados con colosales palmeras de recto tronco y desmayadas copas; brotan de trecho en trecho surtidores de agua, que caen en pilones de mármol guarnecidos de violetas, cuya fragancia amasada, por decirlo así, con el azahar de los naranjos, el calor del sol, y la frescura del agua, deleita los sentidos y pinta en la

imaginacion alminares árabes, jaiques morunos y recuerdos de la Alhambra. Porque á todo este conjunto delicioso, sirve como de toldo el brillante cielo azul de Andalucía, á la manera que cubre la vela blanca de lona, los elegantes patios de Sevilla, que se convierten en estrados, durante las calurosas noches del estío.

El dia primero de noviembre se inauguraba, segun tradicional costumbre, en el salon de la Reina, el paseo de invierno. Dos charangas tocaban por turno, de una á tres de la tarde: los asilos de beneficencia alquilaban sus desvencijadas sillas de hierro y alambre, y damas y caballeros paseaban de arriba abajo, con esa tiesura y ese aire solemne con que los elegantes de capitales de segundo orden, aprovechan las ocasiones de exhibir, pública y oportunamente, las galas preparadas en la córte ó traídas del extranjero.

La gente del pueblo, por el contrario, se aglomeraba en las afueras del salon, rodeando las barracas de lienzo, en que los vendedores de frutas de invierno inauguran en este mismo dia la feria llamada de *Todos los Santos*. Veíanse en grandes montones, bajo aquellos frágiles techos, las bellotas dulces de la sierra, las finas castañas de Galarosa, las nueces mollaras, los membrillos de Bornos, los peros de Ronda, las

batatas de Málaga, que bajo su plebeyo hábito pardo, ocultan dulces entrañas, capaces de competir con la aristocrática piña. Y entre aquella gran multitud de aldeanos y gente tosca, que hacian su tráfico al por mayor y menor, veíanse tambien, conducidos por niñeras y criados, enjambres de elegantes niños, que acudian con pequeños saquitos al hombro, á comprar los tradicionales *Todos-Santos*.

La animacion llegaba á su colmo en el mercado y en el paseo, cuando una especie de medrosa sacudida corrió lentamente de un extremo á otro de la multitud, como corre un estremecimiento de frio de los pies á la cabeza del hombre que se solaza en un tibio y perfumado baño. Habia aparecido de repente por una calle próxima, un monaguillo que llevaba en las manos una cruz baja: seguíale precipitadamente un Sacerdote, con sobrepelliz y estola morada, llevando sobre el pecho en una bolsita los Santos Oleos... Apartábase el gentío con cierta mezcla de temor y de respeto, para dejar paso á la lúgubre pareja, que atravesó rápidamente el salon, entró por otra calle vecina, y desapareció en el zaguan de una casa de buena apariencia, dejando tras sí una huella de espanto, semejante á la que produce una idea pavorosa en un cerebro disipado.

—¡*El santolio!*—exclamaba asustada la gente baja.

—¡La Uncion!—repetían medrosamente los elegantes; y la idea de que un cristiano iba á morir helaba todas las sonrisas, y apagaba todas las conversaciones, porque despertaba ese sentimiento de piedad egoísta que inspira al hombre la desgracia de que hoy se ha librado y mañana le puede acontecer. Pronto, sin embargo, recobró la plaza su alegre aspecto: la animación, contenida un momento, se desbordó de nuevo como un torrente que recobra su cauce, y los que se hallaban en posesión de la vida, olvidaron por completo al agonizante que la iba á perder, como si cada cual repitiese para sí, encogiéndose de hombros, aquella amarga exclamación de un poeta:

Truéquese en risa mi dolor profundo...

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Mientras tanto el Cura atravesaba rápidamente el solitario patio de la casa, subía jadeante la escalera, y llegaba á una antesala también desierta, desde donde pudo percibir pasos acelerados, gemidos comprimidos, rumor de puertas que se abrían y cerraban. Una señora en traje de calle atravesó corriendo, con la palidez del espanto en el rostro: por el lado opuesto desapareció una criada arrastrando tras de sí á

dos niñitos de seis á ocho años, vestidos de paseo, que se le agarraban aterrados á las faldas, oprimiendo aun entre sus manitas, yertas por el susto, los clásicos saquitos de los *Todos-Santos*. Todo parecía anunciar en aquella casa una de esas desgracias que llegan de repente, terribles y súbitas como la caída de un rayo.

El Cura se detuvo un momento en la antesala, sin saber por cual de sus diversas puertas había de entrar.

—¡Aquí! ¡aquí! ¡señor Cura! —gritó una voz comprimida.

El Sacerdote se dirigió á donde le llamaban, y atravesando otra pequeña pieza, se encontró en una alcoba, de donde salía un fuerte olor á amoníaco. Detúvose en el dintel, y pronunció las palabras del ritual.

—¡*Pax huic domui!*...

Tan sólo contestó á este saludo de paz el grito agudo de una anciana, que una joven llorosa y un caballero más asustado que conmovido, sacaban en aquel momento medio desmayada, por una puerta de escape que conducía al interior. Sólo quedó en la alcoba un viejo tendido en el lecho, y un joven pálido como la muerte, pero completamente sereno.

Hallábase el viejo á medio vestir, tendido boca arriba sobre las ropas de la cama, con el

rostro lívido y amoratado á trechos, inclinado violentamente hácia el lado izquierdo: un ronquido angustioso salía de su boca abierta y torcida, y en uno de los brazos, desnudo hasta el codo, mostraba la señal de la lanceta. Veíanse en una jofaina, abandonada en el suelo, algunas gotas de sangre; más léjos tres ladrillos calientes, botijos de agua hirviendo, sinapismos esparcidos, y entre botes de cosméticos y cold-cream, dos frascos de amoníaco, abiertos sobre un lavabo, en que se veían aún las navajas de afeitar fuera del estuche, y la espuma fresca del jabon en el agua y en la brocha. A un lado, tendido sobre un canapé, habia un frac de irreprochable corte, y sobre una consola de mármol, veíase la gran banda blanca y amarilla de Isabel la Católica, y una magnífica placa de la misma órden, brillando en su estuche de piel de Rusia.

El Cura se acercó sin vacilar al moribundo, y cogiéndole una mano, le gritó al oído:

—¡Don Benito!... ¡D. Benito!... ¿Me oye V?...

El viejo nada contestó, ni dió señales de vida. Levantóle entónces el Sacerdote uno de los párpados, hundidos en cuencas plomizas, y observó aquella pupila vidriosa, que no miraba ni veía.

—¡Hay tiempo!—murmuró.

Y colocando el vaso de los Santos Oleos sobre una mesa en que atropelladamente habian colocado dos velas y un crucifijo, comenzó á recitar, con toda la terrible solemnidad de esta ceremonia, las oraciones que preceden á la Extrema-Uncion; sacramento con que la Santa Madre Iglesia despide á sus hijos moribundos en el dintel de la vida, y los lava y fortifica para el viaje eterno, ungiéndolos con el aceite bendito, símbolo de la incorruptibilidad celestial. El jóven escuchaba de pié, sin moverse ni contestar, hasta que el Sacerdote comenzó á ungir al moribundo: ayudóle entónces sin perder su serenidad, descubriendo los pies desnudos del viejo, volviendo las palmas de sus manos, y levantando su cabeza cuando fué preciso ungirle en el desencajado rostro.

Acabada la ceremonia, el Sacerdote se aproximó á él, y le preguntó si el confesor del agonizante estaba en la casa. El jóven contestó negativamente, con un movimiento de cabeza.

—En ese caso,—añadió el Cura, volveré yo al instante para hacerle la recomendacion del alma... Todavía tirará algunas horas.

El jóven volvió á sacudir amargamente la cabeza sin contestar, y hundió el rostro en las almohadas, tocando con su frente la frente del viejo, poniendo su mano sobre aquel corazón,

cuyos latidos parecían resonar cada vez más sordos, cada vez más profundos...

El Sacerdote se retiró lentamente, sin que nadie le acompañase. Entónces entraron por diversas puertas la anciana y la jóven, el caballero asustado y la espantada señora, y rodearon el lecho del agonizante, inclinándose hácia él, como hacia un centro de dolor.

Todos lloraban: ninguno rezaba sin embargo.



## II



á pesar de todo, pudo escapar de aquella el señor don Benito Morales: la muerte cedió sin duda á las lágrimas de aquellos hijos modelos y de aquella esposa desconsolada, y retiró su garrá, llevándose sólo la mitad de la presa. Porque sólo medio cuerpo de D. Benito logró recobrar la vida; la otra mitad quedó, despues del repentino ataque, completamente paralizada. Nadie hubiera reconocido al acicalado viejo, que empleaba horas y horas en ponerse la peluca, pintarse las cejas, y teñirse la anticuada barba á lo Coradino, en aquel espectro envuelto en mantas y franelas, que salió á los quince dias del lecho, para sepultarse en una poltrona

al calor de una estufa, triste, desfallecido por esa inapetencia del convaleciente que aborrece todo alimento; aplanado por esa otra terrible inapetencia del espíritu, que todo lo mira con indiferencia, porque todo lo ve sombreado por la vecindad de la muerte. Porque la muerte habia levantado su guadaña sin retirarla, y seguia amenazando, despues de dado el primer aviso. Cuantas notabilidades médicas se encontraron á mano fueron consultadas, y todas acordes opinaron que el segundo ataque no se haria esperar; que sería repentino como el primero, y que encontrando ya la muerte andada la mitad del camino, no se escaparia por segunda vez D. Benito de sus garras.

Esta terrible sentencia sumió en el mayor desconsuelo á toda aquella familia, unida por uno de esos cariños grandes y profundos, pero que desprovistos de toda idea sobrenatural, podrian muy bien llamarse *paganos*: sentimientos blandos, pegajosos, sensuales, que no parece sino que salen de la carne y van á parar á la carne, como si fueran las moléculas, y no los espíritus, las que se atrajesen y amasen.

El médico de cabecera fué el encargado de dar la noticia á la familia, que toda reunida esperaba ansiosamente el fallo de la consulta. Allí estaba la señora de Morales, la diminuta y me-

líflua doña Tula, que su yerno Sancho Ortiz definia gráficamente con su cerrado acento andaluz y su gracia chocarrera.

—¿Mi suegra?... Una guindilla confitaa... Chúpela V. un poquito: too es azúca... Hínquele V. el diente... y se le hace la boca fuego...

Allí estaba el mismo Sancho Ortiz, su yerno, jugueton como un niño, varonilmente bello como un Antinoos griego, garboso como un torero, cuyo franco desparpajo y desvergonzada frescura le hacian á la vez gracioso y molesto, simpático é insolente. Junto á él se hallaba Benita, su mujer, la segunda hija de doña Tula; sencilla y linda muchacha, madre ya de dos niños, enamorada de su marido como el dia mismo en que se casaron, y prueba viviente por eso, de que la tumba del amor no es el matrimonio. Sentada junto á su madre y muy pegadita á ella, estaba Lolita, la hija mayor; solterona incasable, de dobles colmillos, por no haber querido su madre darle en la niñez el disgusto de que le extrajesen los que ya le sobraban. En el rincon más apartado de la pieza, con una pierna sobre otra, cruzados los brazos y baja la cabeza, esperaba tambien el serio y taciturno Lorenzo, único vástago varon de los Morales, que hemos visto ya junto al lecho de su pabre moribundo.

Al oír la cruel sentencia que fulminaba unánime la Facultad, doña Tula dió gritos lamentables, y llamó á boca llena brutos y animales á los médicos, que no sabían curar á su marido, lo que á los ojos de ella, acostumbrados á ver siempre lo que placía á su deseo, era sólo un pasajero reuma. Hiciéronle coro las hijas en los gritos y en las lágrimas, aunque no en los epítetos que á los médicos prodigaba. Lorenzo clavó los codos en la mesa que tenía delante, y ocultó entre las manos su pálida frente. Sancho Ortiz nada dijo: miró al techo, y se rascó la cabeza.

Doña Tula, colérica y desconsolada, propuso baños, friegas, duchas... todo, ménos perder la esperanza de conservar á su Benito. El médico se despidió al fin picado y aburrido, y cruzando entónces Sancho una pierna sobre otra, dijo con su frescura natural.

—No se canse V., señora... San se acabó no tiene vigilia; y si se ha de morir cuando ménos lo piense, lo mejor es avisar al Cura cuanto ántes, no se vaya como un perro...

Al oír esto Benita, hizo un gesto de horror, y se cubrió el rostro con el pañuelo; espantada Lolita, se abrazó á su madre sollozando. Lorenzo levantó la abatida frente, para mirar iracundo á su cuñado, y doña Tula, con los ojos chispeantes y temblorosa la papada, gritó:

—¡Calla! ¡calla!... hereje... ¿Quiéres asesinármelo?... Bien se conoce que no tienes corazón!... ¡que no eres su sangre!...

Sancho Ortiz se levantó de un brinco con los labios blancos de ira, cogió el sombrero y se marchó diciendo:

—Pues, señor, ¡nada dije!... ¡Usted perdone!... por mí se puede morir cuando quiera, y que se lo lleve Pateta...

Doña Tula dividió entónces su aficción y su cólera entre su marido desahuciado y el bruto de su yerno, entre la ignorancia de los médicos y los casamientos á disgusto. Salió Benita á la defensa de su marido, acudió Lolita en ayuda de su madre, y la discusión hubiera proseguido siempre fuera del elenco, si impaciente Lorenzo no la cortara de un golpe, proponiendo hacer venir de Sevilla, con la mayor premura posible, al famoso doctor D. Nicomedes Perolejos.

Mientras tanto, llegaba Sancho al casino, renegando de su suegra, y entraba en el gabinete de lectura, donde solían exponer los partes diarios de la córte. Varios señores mayores se le aproximaron, preguntándole con interés por el desgraciado D. Benito.

—¡Pleito perdió!... ¡pleito perdió!...—contestó Sancho, desdoblado *El Imparcial*... De esta



hecha se lleva Dios á mi suegro, y me deja el diablo á mi suegra...

—¿Pero ha sobrevenido algun recargo?...

—¿Y qué más recargo que el que tiene ya á cuestras, señor?... Los médicos han tenido hoy consulta, y dicen que el segundo ataque está á la puerta, y que no hay tu tia...

—Quizá D. Nicomedes...

—Ni D. Nicomedes ni D. Nicenades resucitan muertos, D. Roque... No hay más remedio que enterrarlo, y ponerle en la lápida aquel epitafio del portugués:

Aquí yace Vasco Figueira  
Muito contra sua vontade.

—¿Y lo sabe ya la familia?

—¿Que si lo sabe?... Una zaragata se armó en la casa porque quise yo avisar al Cura, que si no tomo la puerta me saca mi suegra los ojos. ¡Jesú y que barbaridá de mujer!...

—¡Ya se ve!... como se quieren tanto...

—Una barbaridá, D. Roque, una barbaridá es lo que se quieren... Por eso creí yo que, con tanto cariño y tanta devocion, lo primero que habian de querer era llamar al Cura... Pues amigo, conforme solté el trabucazo, se puso la *Rosa Mística* de mi suegra, hecha una *Turris Davidica*... ¡Qué barbaridá!... En cambio, si uno

se constipa en la casa, se han de meter todos en la cama pa sudar...

—Pero hombre, temerán que el pobre se asuste...

—¿Y le parece á V. chico el susto que le espera, cuando pegue el zarpazo en lo eterno?...

—¡Vamos, vamos!—dijo irónicamente un caballero, que sentado á parte leía un periódico. ¿Si tendremos á Sanchito neo-católico?...

—¿Qué neo, ni qué demonio?—replicó Sancho, hecho una furia. ¡Los neos son mi suegro y su casta!... ¡Ni yo soy náa, ni náa me importa náa!... Pero me gusta ver á las obras acordes con las ideas... Si un cristiano se muere, que le lleven un Cura; y si se muere un egipcio, que le lleven una vaca, para que se agarre del rabo y muera contento; que si á uno le doy seis, le doy al otro media docena... Pero lo que yo no entiendo es, á esta gente devota... una barbaridá de novenas, una barbaridá de golpes de pechos, y luégo llega la muerte y se asustan del Cura... ¡Pues, caramba!... Si creen, ¿por qué no obran?... Y si no obran, ¿qué demonche es lo que creen?...





III



ON Nicomedes Perolejos se volvió á Sevilla desahuciando tambien á D. Benito, y perdida ya la familia toda esperanza, sólo pensó en reforzar en lo posible el débil hilito de que pendía aquella vida tan amada, alejando toda molestia física y todo sacudimiento moral que pudiera acabar de cortarlo. Ocultóse al enfermo la gravedad de su estado, haciéndole creer que sólo le aquejaba un pasajero reuma, que la próxima primavera y las aguas de Alhama alejarían por completo; y esforzándose todos por presentarle siempre delante las risueñas cuanto engañosas perspectivas de la esperanza, lograron reanimar por algunos dias el ánimo abatido del enfermo, que sólo muy en confuso se habia dado cuenta del pasado riesgo.